

de madama de Staël, lo que habria querido ser, lo que en definitiva (y salvo en lo que hay de diferente entre el grupo del arte y el esparcimiento de la vida) ha sido. De Corina, no solamente tuvo el Capitolio y el triunfo, sino que tendrá tambien su muerte por el sufrimiento.

Esa Roma y ese Nápoles que madama de Staël expresaba á su manera en la novela-poema de *Corina*, M. de Chateaubriand las pintaba hácia el mismo momento en la epopeya de los *Mártires*. Aquí no se interpone ninguna nubecilla de Germania, sino que se vuelve á entrar con Eudoro en la antigua juventud; doquiera se nota la tersura viril del diseño y el esplendor primitivo y natural del pincel.

¡Roma, Roma! ¡mármoles, horizontes, cuadros mayores, para dar apoyo á pensamientos ménos efímeros!

Una persona de talento escribia : « ¡Cuánto me gustan ciertas poesías! sucede con ellas como con Roma, es todo ó nada : se vive con ella, ó no se comprende. » *Corina* no es mas que una variedad imponente en ese *culto romano*, en ese modo de sentir en épocas y con almas diversas la Ciudad eterna.

Una parte de *Corina*, tanto mas deleitosa cuanto ménos deliberada, es el espíritu de conversacion que á menudo se mezcla en ella por el Conde de Erfeuil y por los retornos hácia la sociedad francesa. Madama de Staël mojeta á esa sociedad demasiado frívolamente ingeniosa, pero en tales momentos ella misma forma parte de ella mas de lo que cree : lo que mejor sabe decir, como sucede con frecuencia, lo desdenna.

Lo mismo que en *Delfina*, hay retratos en *Corina* : madama de Arbigny, esa mujer francesa que arregla y calcula todo, es uno de ellos, como lo era madama de Vernon. La nombraban quedito en la intimidad, así como se sabia tambien de qué elementos un tanto diversos se componia la noble figura de Osvaldo, así como se creia en la verdad fiel de la escena de la despedida, y como casi se recordaban las amarguras de Corina durante la ausencia.

Como quiera que sea, á pesar de las conversaciones y pinturas del mundo que hay en *Corina*, no hay lugar para reprochar á madama de Staël, á propósito de este libro, falta de consistencia y firmeza en el estilo y algo de muy precipitado en la distribucion de los pensamientos. Ha salido enteramente, con respecto á la ejecucion general de esta obra, de la conversacion ingeniosa, de la improvisacion escrita, como solia hacerlo á veces (*stans pede in uno*) de pié y apoyada en el ángulo de una chimenea. Si hay todavía imperfecciones de estilo, solo se encuentran por varios accidentes ; he visto señalados con lápiz, en un ejemplar de *Corina*, una cantidad asombrosa de *peris*, que dan efectivamente monotonía á las primeras paginas. Sin embargo, preside un cuidadoso esmero en el pormenor de este monumento, y el escritor ha llegado al arte, á la majestad sostenida y al número.

CORINA

LIBRO DUODÉCIMO

HISTORIA DE LORD NELVIL

CAPITULO I

He sido educado en la casa paterna con un cariño con una bondad que se me hace mas admirable desde que conozco á los hombres : y yo jamas he amado á nadie tan entrañablemente como á mi padre ; mas con todo se me figura que si hubiese sabido, como lo sé ahora, la rara excelencia de su carácter, hubiera sido mi afecto aun mas tierno y mas exclusivo. Acuérdanseme mil rasgos de su vida, que me parecian sencillísimos, porque mi padre los juzgaba tales, y me enternecen de un modo doloroso hoy que conozco su valor. Los cargos que nos hacemos respecto de una persona que amamos, y ya no existe, dan idea de lo que pudieran ser las penas eternas,

si la misericordia divina no nos dispensase su favor en semejante tormento.

Hallábame dichoso y sosegado en compañía de mi padre; pero deseaba viajar ántes de entrar á servir en el ejército. En mi país hay una excelente carrera civil para los hombres elocuentes; mas yo tenía y tengo aun tanta timidez que me hubiera costado mucho hablar en público, y así prefería ser militar, queriendo mas exponerme á los riesgos ciertos que á las desazones posibles. Mi amor propio, bajo todos respetos, es mas delicado que ambicioso, y siempre me ha parecido que los hombres se presentan á la imaginacion como fantasmas cuando reprenden, y como pigmeos cuando alaban. Deseaba ir á Francia, donde acababa de estallar aquella revolucion que, á pesar del género humano, pretendia empezar otra vez la historia del mundo: mi padre conservaba algunas preocupaciones contra Paris, donde habia estado hácia el fin del reinado de Luis XV, y no concebía cómo las tertulias podian convertirse en nacion, la presuncion en virtudes, y las vanidades en entusiasmo; pero no obstante consintió en mi viaje, porque le era repugnante exigir cosa alguna, y como que le estorbaba su autoridad paterna, cuando la obligacion no le ordenaba hacer uso de ella. Siempre temia que aquella autoridad alterase la sinceridad y la pureza de un afecto dependiente de lo mas libre y mas involuntario de nuestra naturaleza, y él necesitaba sobre todo de amor. Concediéndome

pues, al principio de 1791, teniendo yo 21 años cumplidos, seis meses de licencia para Francia, y partí con la intencion de conocer aquella nacion tan próxima á nosotros, y sin embargo tan diferente por sus instituciones y las costumbres que de ellas han resultado.

Pensaba no amar nunca aquel país, y tenía contra él las preocupaciones que nos inspiran la altivez y la gravedad inglesas; y ademas temia las burlas de todos los cultos del corazon y del pensamiento, detestando aquel arte de abatir todo entusiasmo y de desencantar todos los amores. El fondo de aquella jovialidad tan celebrada me parecia muy triste, pues heria de muerte mis sentimientos mas queridos: verdad es que entónces no conocia á los Franceses dignos de aprecio, y estos reunen á las prendas mas nobles unos modales llenos de atractivo. Admiróme la sencillez y la libertad que reinaban en las sociedades de Paris; tratábanse en ellas los intereses mas graves sin frivolidad ni pedantería, como si las ideas mas profundas se hubiesen hecho patrimonio de la conversacion, y la revolucion del mundo entero se verificase solo para que fuese en Paris mas amable la sociedad. Encontraba hombres de instruccion séria, de superior talento, estimulados del deseo de agradar, mas que de la necesidad de ser útiles, ansiosos de los aplausos de un salon, aun despues de lograr los de una tribuna, y viviendo en la compañía de las mujeres mas bien por recibir elogios que por ser amados.

Todo estaba perfectamente combinado en Paris con respecto á la felicidad exterior : no habia la menor sujecion en las menudencias de la vida ; egoísmo, sí, en la sustancia, pero nunca en las formas ; un movimiento, un interes que ocupaban cada dia, sin dejar mucho fruto, mas sin permitir tampoco sentir su peso ; una prontitud de concebir, que daba lugar á indicar y entender con una palabra lo que en otra parte habria necesitado una larga explicacion ; un espíritu imitador que tal vez pudiera ser contrario á toda verdadera independenciam, pero que introduce en la conversacion aquella especie de acuerdo y de complacencia que no se halla en ninguna otra parte ; en fin un modo fácil de llevar la vida, de variarla y de apartala de la reflexion, sin privarla del encanto del entendimiento. A todos estos medios de aturdirse, es menester agregar los espectáculos, los extranjeros, las novedades, y entónces se formará idea de la ciudad mas social del mundo. Casi me admiro de pronunciar su nombre en esta ermita, y en este desierto, al extremo opuesto de las impresiones que produce la poblacion mas activa del orbe ; pero era preciso pintaros aquella mansion, y el efecto que causó en mí.

¿ Lo creereis, Corona, ahora que me habeis visto tan melancólico, y tan abatido ? ¡ me dejé seducir del torbellino que me rodeaba ! alegréme de no tener un momento de tedio, aunque tampoco le tuviese de meditacion, y de embotar en mí la facultad

de padecer, aunque se resintiese la de amar. Si me es lícito juzgar por mí mismo, me parece que un hombre de carácter serio y sensible puede cansarse de la misma intension y profundidad de sus impresiones ; siempre vuelve á su naturaleza ; pero lo que le saca de ella, al ménos por algun tiempo, le hace bien. Vos, Corina, disipais mi melancolia natural, elevándome sobre mí mismo ; y haciéndome valer ménos de lo que valgo en realidad, aturdia una mujer, de quien os hablaré presto, mi tristeza interior. Sin embargo, aunque habia adoptado el gusto y la vida de Paris, no me habria bastado mucho tiempo, si no hubiese conseguido la amistad de un hombre, perfecto modelo del carácter frances en su antigua lealtad, y del espíritu frances en su nueva cultura.

No os diré, amiga mia, el nombre verdadero de las personas de quienes voy á hablaros, y cuando sepais toda mi historia, conoceréis las razones que me obligan á ocultarle. El conde Raimond era de una ilustrísima familia de Francia ; su alma tenia toda la altivez caballeresca de sus mayores, y su razon adoptaba las ideas filosóficas, cuando le prescribian sacrificios personales : no se habia mezclado activamente en la revolucion, pero gustaba de lo virtuoso en todos los partidos ; el valor del reconocimiento en unos, el amor de la libertad en otros, todo lo que era desinteresado le agradaba. La causa de todos los oprimidos le parecia justa, y

aquella generosidad de carácter sobresalía mas por el poco aprecio con que miraba su propia vida; no porque fuese en realidad desgraciado, sino porque habia tal oposicion entre su alma y la sociedad, cual es en general, que su pena diaria le apartaba de sí mismo. Yo fui bastante dichoso para inspirar intereses al conde Raimond; deseó vencer mi natural encogimiento, y para triunfar de él, se valió en nuestra amistad de un artificio verdaderamente novelesco: no veia ningun inconveniente para hacer un gran favor, ni para dar un corto placer. Quería ir á vivir la mitad del año á Inglaterra por no apartarse de mí, y me costaba mucho trabajo impedir que partiese conmigo cuanto poseía.

No tengo mas que una hermana, me decia, casada con un viejo muy rico, y soy libre para hacer lo que quiera de mis bienes; ademas, esta revolucion tomará mal giro, y acaso moriré en ella; hacédme, pues, disfrutar lo que tengo, mirándolo como vuestro. — ¡Ay! el generoso Raimond preveía su destino: quien sabe conocerse, rara vez se engaña sobre su suerte; y los presentimientos son las mas veces un juicio de nosotros mismos que todavía no nos hemos declarado del todo. El conde Raimond, noble, sincero, y aun imprudente, manifestaba toda su alma; para mí era un placer nuevo aquel carácter, porque entre los Ingleses no se exponen con facilidad á la vista los tesoros del alma, y nosotros hemos tomado la costumbre de dudar de

todo lo que se ostenta; pero la tierna bondad que encontraba en mi amigo, me daba á un mismo tiempo deleites fáciles y seguros, sin que me quedase duda alguna de sus prendas, aunque todas se mostraban á primera vista. No sentí ningun encogimiento en mi trato con él, y lo que aun era mucho mejor, me ponía bien conmigo mismo. Este era el amable Frances, á quien tuve aquella amistad perfecta, aquella hermandad de compañero de armas, de que solo la juventud es capaz, miéntras no conoce el sentimiento de la rivalidad, y ántes que las carreras irrevocablemente señaladas surquen y dividan el campo del porvenir.

Dijome un dia el conde Raimond: — Mi hermana ha enviudado, y confieso no lo he sentido; no me gustaba su matrimonio; habia aceptado la mano de un viejo que acaba de morir, en un tiempo en que ni ella ni yo teníamos bienes; porque los míos proceden de una herencia que he tenido hace poco; pero no obstante me opuse á aquella union cuanto pude; no gusto de ninguna cosa hecha por cálculo, y mucho ménos en la accion mas solemne de la vida. Sin embargo, ella se ha portado perfectamente con un esposo á quien no amaba, y segun el mundo, no hay en todo esto nada que notar: ahora está libre y vuelve á vivir conmigo. La vereis; es una criatura muy amable tratada; y vosotros los Ingleses gustais de hacer descubrimientos: yo tengo por mas agradable leerlo todo desde luego en la fi-

sonomía; no obstante, vuestros modales encogidos no me han incomodado nunca; pero los de mi hermana me causan alguna sujecion.

Madama de Arbigny, hermana del conde Raimond, llegó al otro dia por la mañana, y aquella misma noche me presentó á ella: sus facciones eran parecidas á las de su hermano: tenia un sonido de voz análogo; pero un modo de acentuar del todo diverso, y mucha reserva y sagacidad en sus miradas: su rostro era muy agraciado, su cuerpo airoísimo, y en todos sus movimientos mostraba la mayor elegancia; no decia una palabra que no fuese oportuna; no faltaba á ninguna clase de atenciones, sin exageracion en su urbanidad; lisonjeaba el amor propio con mucha destreza, y daba á entender que le agradaban, sin comprometerse nunca; porque en todo lo respectivo á la sensibilidad, se explicaba siempre como si deseara ocultar á los demas lo que pasaba en su corazon. Sedújome la aparente semejanza de aquella conducta con la de las mujeres de mi país; parecíame que madama de Arbigny dejaba traslucir muchas veces lo que pretendia querer ocultar, y que la casualidad no ofrecia tantas ocasiones de enternecerse involuntariamente como se le presentaban; pero esta reflexion pasaba en un momento, y lo que de continuo sentia junto á madama de Arbigny era para mí nuevo y agradable.

Jamas me habia adulado nadie: en nuestro país sentimos profundamente el amor y el entusiasmo

que inspira; pero conocemos poco el arte de introducirse en el corazon por medio del amor propio. Ademas, yo acababa de salir de las universidades, y hasta entónces nadie en Inglaterra paraba la consideracion en mí. Madama de Arbigny notaba todas mis palabras; me trataba con particular atencion, no porque, en mi sentir, conociese bien todo lo que yo podia ser; pero, sin embargo, me descubria á mí mismo con mil observaciones de circunstancias, cuya sagacidad me confundia; parecíame á veces lo que hablaba algo artificioso; que lo hacia demasiado bien, y con una voz demasiado suave, que ordenaba con cuidado sus frases; mas aquella semejanza con su hermano, el hombre mas sincero del mundo, apartaba de mi ánimo las dudas, y contribuia á hacerme amable.

Un dia dije al conde Raimond el efecto que me causaba aquella semejanza, y me dió gracias; pero despues de reflexionar un instante, añadió: — Sin embargo, mi hermana y yo no nos parecemos en el carácter. — Calló despues de estas palabras; mas acordándome de ellas, así como de otras muchas circunstancias, me he convencido en lo sucesivo de que no deseaba verme esposo de su hermana. No puedo dudar que ya entónces tenia ella esta intencion, aunque no tan decidida como mas adelante; pasábamos juntos nuestra vida, y corrieron á su lado los dias, agradablemente, y sin disgusto todos. He reflexionado despues que siempre era de mi dic-

támen ; cuando empezaba una frase, ella la concluía, ó adivinando con anticipacion lo que iba á decir, se apresuraba á conformarse con ello ; y no obstante, á pesar de esta constante complacencia en las formas, ejercia un imperio muy despótico en mis acciones ; tenia un modo de decirme : — *Ciertamente os gobernaresis así, ciertamente no hareis tal cosa*, que me dominaba ; parecíame que perderia toda su estimacion si no correspondia á sus deseos, y apreciaba aquella estimacion, manifestada en algunas ocasiones con expresiones muy lisonjeras.

Sin embargo, creedme, Corina, porque ya lo pensaba ántes de conoceros ; no era amor lo que me inspiraba madama de Arbigny ; no le habia dicho que la amaba ; no sabia si seria del gusto de mi padre semejante nueva ; no le agradaba de que fuese mi esposa una Francesa, y yo no queria hacer cosa alguna que él no aprobase. Creo que mi silencio desazonaba á madama de Arbigny, porque muchas veces estaba de mal humor, al cual llamaba siempre tristeza, explicándole despues con motivos tiernos, bien que su fisonomía en los momentos en que se descuidaba tenia mucha sequedad ; pero aquellos instantes de desigualdad los atribuia yo á nuestras relaciones, de que tampoco me hallaba satisfecho ; porque amar un poco, y no amar del todo, incomoda.

Ni el conde Raimond ni yo hablábamos de su hermana ; esta era la primera reserva que habia

habido entre nosotros ; pero muchas veces me rogaba madama de Arbigny que no hablase de ella con su hermano, y si extrañaba esta prevencion, me decia : — No sé si sois como yo ; mas no puedo sufrir que un tercero, aunque sera mi íntimo amigo, se mezcle en mis sentimientos respecto de otro : gusto del secreto en todos mis cariños. — Esta explicacion me agradaba bastante, y cedia á sus deseos. Por aquel tiempo recibí una carta de mi padre llamándome á Escocia ; ya habian pasado los seis meses señalados para mi mansion en Francia, y como las turbaciones de este país iban siempre en aumento, no juzgaba conveniente para un extranjero permanecer mas en él. Su carta me causó al pronto mucho pesar ; conocia cuánta razon tenia mi padre ; deseaba en extremo verle ; mas la vida que tenia en Paris en compañía del conde Raimond y de su hermana, eran tan gustosa, que no podia dejarla sin sumo disgusto. Fui al momento á casa de madama de Arbigny, enseñéle mi carta, y en tanto que la leia, estaba absorto en mi pena, de tal manera que no advertí siquiera qué impresion le causaba. Solo la oí decirme algunas palabras para persuadirme á dilatar mi partida, á escribir á mi padre fingiéndome enfermo, en fin á *trampear* con su voluntad. Me acuerdo que esta fué la voz de que se valió ; iba á responder, y hubiera dicho la verdad, esto es, que mi partida se hallaba dispuesta para el dia inmediato, cuando entró el conde Raimond, y

sabiendo de lo que tratábamos, declaró sin ningún rebozo debía obedecer á mi padre, sin motivo para vacilar. Admiróme aquella determinación tan pronta; esperaba que me rogase, y me detuviese; queria resistir á mis propios sentimientos; pero no pensaba que me facilitase tanto el triunfo, y por un instante hice agravio al afecto de mi amigo; lo advertió, y me cogió de la mano, diciéndome: — De aquí á tres meses estaré en Inglaterra, ¿por qué, pues, os he de detener en Francia? Tengo mis razones para no hacerlo, añadió á media voz. — Mas lo oyó su hermana, y dijo con precipitación que en efecto era prudente evitar los peligros que podia correr un Inglés en Francia, en medio de la revolución. Ahora estoy segurísimo de que no era á esto á lo que aludia el conde Raimond; pero no contradijo ni confirmó la explicación de su hermana. Yo partía, y no juzgó necesario decirme mas.

— Si pudiese ser útil á mi patria, me quedaria, continuó; pero lo veis, ya no hay Francia: ya no existen las ideas ni los sentimientos que la hacian amar: todavía echaré de ménos el suelo; mas volveré á encontrar mi patria cuando respire el mismo aire que vos. — ¡Cuánto me enternecieron las dulces expresiones de una amistad sincera! ¡cuánto venerancia en aquel momento el cariño de Raimond al de su hermana! Esta lo adivinó muy presto, y en la misma noche la vi bajo un aspecto enteramente nuevo. Llegaron gentes, hizo los honores de casa con

gran despejo, habló de mi partida con suma sencillez, y manifestó á todos que era para ella el acontecimiento ménos importante. Ya habia yo reparado muchas veces en ella tanto aprecio al miramiento, que jamas permitia á nadie conocer los sentimientos que me manifestaba; pero esta vez era ya excesivo el disimulo, y me ofendió de tal suerte su indiferencia que resolví irme ántes que se retirasen las gentes, y no quedarme solo con ella ni un instante. Vióme aproximar á su hermano para pedirle viniese á despedirse de mí al otro día por la mañana, y entónces se llegó á mí, diciéndome bastante alto, á fin de ser oida de los demas, que habia de darme una carta para una amiga suya de Inglaterra, y añadió muy velozmente y en voz muy baja: — ¡No echais de ménos mas que á mi hermano, no hablais mas que con él, y quereis iros y traspasarme el corazón! — Luego volvió á sentarse en medio de los que la acompañaban. Turbáronme aquellas palabras, y ya iba á quedarme, como ella deseaba, cuando el conde Raimond me asió del brazo, y me llevó á su aposento.

Despues que se retiraron todas las gentes, oimos llamar con golpes repetidos en el cuarto de madama de Arbigny; el conde Raimond no hacia caso; pero yo le precisé á entrar en cuidado, y enviamos á preguntar qué era: respondieron que madama de Arbigny acababa de desmayarse. Me sentí muy conmovido, y queria volverla á ver, entrar otra vez en su aposento; mas el conde Rai-

mond lo estorbó tenazmente. — Evitemos esas despedidas, me dijo, las mujeres se consuelan siempre mejor cuando están solas. — No podía yo entender aquella dureza con su hermana, tan opuesta á la inalterable bondad de mi amigo, y me separé de él al otro dia con una especie de encogimiento que hizo ménos tierna nuestra despedida. ¡ Ah ! ; si hubiese adivinado el sentimiento delicadísimo que le impedía consentir que me aprisionase su hermana, no creyéndola á propósito para hacerme feliz; sobre todo si hubiese previsto los acaecimientos que nos iban á separar para siempre ! mis adioses habrian satisfecho su alma y la mia.

CAPITULO II

Cesó Osvaldo de hablar durante algunos momentos; y Corina escuchaba su narracion con tanta ansia que tambien calló, temiendo dilatar el instante de que volviese á proseguir. — ¡ Seria feliz, continuó, si mi trato con madama de Arbigny hubiese acabado entónces, si hubiese permanecido al lado de mi padre, y si jamas hubiera pisado otra vez el suelo de Francia ! Pero la fatalidad, esto es, mi ca-

rácter débil, acaso ha emponsoñado para siempre mi vida, sí, para siempre, querida amiga, aun estando junto á vos.

Pasé cerca de un año en Escocia con mi padre, y nuestro recíproco cariño se hizo cada dia mayor, penetré en el santario de aquella alma celestial, y encontré en el afecto que me unia con él aquellas simpatías de la sangre, cuyos vínculos misteriosos dependen de todo nuestro ser. Recibia cartas de Raimond llenas de ternura, contándome las dificultades que hallaba para trasladar sus riquezas, y venir á juntarse conmigo; pero su perseverancia en este intento era siempre la misma. Yo tambien le amaba; mas ¿ qué amigo podia comparar á mi padre ? El respeto que me inspiraba, no perjudicaba á la confianza, sus palabras eran para mí oráculos, y las vacilaciones que por desgracia tiene mi carácter cesaban al momento que abria él los labios. *El cielo nos ha hecho*, dice un escritor inglés, *para amar todo lo venerable*. Mi padre no ha sabido, no ha podido saber cuánto le amaba, y mi fatal conducta debió hacerle dudar de mi cariño. Sin embargo tuvo compasion de mí; le di lástima al morir por el dolor que me causaria perderle. ¡ Ah ! Corina, voy adelantando en esta triste relacion, sostened mi valor, bien lo necesito. — Querido amigo, le dijo Corina, sentid algun placer en mostrar vuestra alma, tan noble y tan sensible, delante de quien mas os admira y ama el mundo.